

★ Una tarde de junio encontré a Fernando Santiván en la calle Estado.

—Me han propuesto un negocio —me dijo—. Aún no estoy decidido. Quiero saber la opinión de usted.

Y me explicó que un antiguo librero de la calle Bandera quería fundar una revista. Poseía una imprenta, pequeña, pero podía servir. El se haría cargo de todos los gastos, y Santiván, mientras el negocio no ofreciera ganancias, trabajaría gratuitamente. A los escritores siempre se les proponen negocios así. Santiván me preguntó:

—¿Qué le parece? ¿Quiere usted trabajar conmigo?

Yo tenía veinte años, y respondí:

—Magnífico. La revista la hacemos inmediatamente.

Fuimos a ver al librero. Entramos a una librería estrecha y oscura, que abría su puerta humilde en donde hoy está el Club de la Unión. Era un verdadero nido de libros viejos y empolvados que se derramaban de las estanterías. El héroe no estaba.

—No importa. Esperamos.

Estábamos radiantes, aturridos por el entusiasmo, por la seguridad del éxito que se acercaba. Nos considerábamos ya un poco dueños del mundo. Del mundo y de la librería. La vida comenzaba aquella tarde de junio. Llegó por fin el librero que era don Arturo D'Alenzon, y Fernando le contó nuestro encuentro y el propósito de trabajar juntos. Allí mismo improvisamos una lista de colaboradores, y el librero, magnánimo, aceptó nuestro trabajo gratuito.

En 1912 la fe transportaba las montañas y hacía escribir gratuitamente a nuestros escritores. Manuel Magallanes Moure se haría cargo de la crítica de pintura, Armando Donoso de la crítica literaria, y Yáñez Silva de la sección teatros. Ernesto Montenegro escribiría correspondencias de Valparaíso, y todos los autores más destacados contribuirían con cuentos y versos. Mariano Latorre llevó unas impresiones de un viaje al sur, tan extensas, que Santiván, a pesar de su afecto por Latorre, tuvo vacilaciones hondas. De cada uno de sus bolsillos, Latorre sacaba gruesos cuadernos escritos con una letra menudita que mareaba.

—¿Todas son impresiones? —le preguntaba Santiván.

—Todas.

Yo no las leí. Pero aunque sé que nuestro territorio es grande, creo que Mariano Latorre, distraído, mientras tomaba apuntes, se pasó a la Argentina. Había unos cuadernos enormes con cubiertas de hule, en los cuales se presentaban muchos kilómetros de la Patagonia. Entonces Santiván, conciliador, propuso:

—Las podemos publicar como folletín.

Latorre, un poco melancólico, aceptó. Nadie había pensado que llevaría folletín la revista, y cuando Santiván habló de folletín, todos nos extrañamos mucho:

—¿Folletín? ¿Para qué lleva folletín? Nadie lee un folletín en una revista. Eso está bueno para los documentos de la Revolución del 91, que publica Blanchard Chessi en Zig-Zag.

—Es que Latorre —explicó Santiván— me ha traído unas impresiones de un viaje.

—¡Ah, ya!

—Sí, sí... muy bien.

En cuanto se supo de las impresiones de Latorre, todos aceptamos el folletín.

Dibujante sería Cristóbal Fernández. Ya muy pocos recuerdan a ese muchacho andaluz, vehementemente y ruidoso, que dibujaba muy bien, con una graciosa elegancia. Era muy pobre. Para comer tenía que pelear como un león. Cuando fuimos con Santiván a buscarlo, lo encontramos en una oficina lóbrega de la calle Bandera. Allí pintaba avisos para casas comerciales. Trabajo duro que se llevaba sus mejores horas, pero aceptó ser el dibujante de Pluma y Lápiz.

Santiván quiso que la revista se llamase "Pluma y Lápiz", en recuerdo de aquel cuaderno semanal que en los últimos años del siglo pasado editó Marcial Cabrera Guerra. En aquella revista escribieron Víctor Domingo Silva, Carlos Pezoa Véliz, Joaquín Díaz Garcés, Pedro Gil y Antonio Bórquez Solar. Nuestra revista sería como la continuación de aquella.

Entonces estaba en Santiago Francisco Contreras, poeta chileno y redactor de la Sección Libros Hispanoamericanos del "Mercure de France". Acababa de llegar de París y era muy difícil hablar con él. Contemplaba la vida chilena con



PLUMA Y LAPIZ

Por Daniel DE LA VEGA

un desdén que llegaba a ser ofensivo. A veces algunos muchachos sentían deseos de matarlo, pero Contreras les decía:

—Cuando ustedes publiquen una cosita, les dedicaré algunas líneas en el "Mercure de France".

Entonces los muchachos se reprimían.

Contreras no reconocía méritos de nadie, y sólo en sus transportes de júbilo ofrecía líneas en el "Mercure de France". Una vez Martín Escobar le dijo que su libro "Los Modernos" era formidable y él le prometió diez líneas. Pero después Contreras lo sorprendió haciendo un chiste sobre sus bigotes y las diez líneas se las rebajó a cuatro. Martín quiso protestar, y él lo amenazó con publicarle sólo una línea. Y Martín se tuvo que callar.

Francisco Contreras era un hombrecito pequeño, flaco, amarillo y amanerado. Tenía una voz atiplada y un modo de saludar que nadie sabía por qué lado darle la mano. Imposible averiguar cómo tomarle los dedos a ese hombre, pues en el saludo jamás se le atrapaba la mano entera. Algunos, muy hábiles, lograban tomarle tres dedos; pero yo no llegué nunca más que hasta dos. Usaba unos cuellos muy altos y unos bigotes con unas puntas agudísimas. Hablaba de los escritores españoles con una familiaridad exagerada:

—Ese chico Benavente y ese chico Marquina me han pedido unas líneas en el Mercure de France.

Una tarde, Contreras y Santiván tuvieron una discusión espantosa. Gritaron y se dijeron algunas atrocidades. En la trifulca, Contreras usaba palabras francesas, y Santiván avanzó amenazante hacia Contreras.

Santiván era alto, fuerte, elástico, capaz de deshacer de una bofetada a toda una generación de poetas jóvenes. Yo tuve la seguridad de que Contreras salía por la ventana. Pero Santiván no lo tocó. Le dijo, desafiante:

—No me publique usted una sola línea en el Mercure de France.

Contreras se marchó de Chile.

La noticia de la fundación de "Pluma y Lápiz" circuló pronto, y aún no teníamos oficina. Los acuerdos más importantes los tomábamos en la calle. Debíamos tener una oficina. Y una mañana, con Santiván empezamos a buscarla. No era fácil. A veces el cuidador de un edificio nos hacía cruzar dos patios, un pasillo, trepar por una escalera, seguir por dos corredores, bajar, pasar

por otro patio, y al fin nos mostraba una piececita oscura.

—No —decía Santiván—, éste es un laberinto. Aquí se nos pierden dos novelistas por semana.

El editor sólo nos había autorizado para ofrecer cien pesos mensuales por el arriendo de la oficina, y nosotros necesitábamos una sala en la cual pudiésemos acomodar el tablero de dibujo de Cristóbal Fernández, una mesa para Santiván y una mesa para mí. Además deberían caber algunos de los escritores que nos visitaran.

En varias oficinas que vimos, cabían el tablero, las dos mesas, pero sólo restaba espacio para que entraran tres poetas.

—Tres poetas son pocos —decía Santiván.

Martín Escobar nos trajo la noticia de que en la calle San Antonio había una oficina amplia, con bastante luz y baratísima. Fuimos. Nos recibió el dueño de la casa. Era un caballero moreno, simpático, que hablaba con gran entusiasmo. La oficina nos gustó mucho. Tenía varias ventanas por las cuales caían franjas de sol. Todo quedó convenido. Antes de que nos retiráramos, el caballero nos preguntó:

—¿Para qué quieren ustedes esta oficina?

—Para una revista literaria —respondió Santiván.

—¿Qué ha dicho usted?

Santiván creyó que no le había oído bien, y le repitió con claridad:

—Para una revista literaria.

—¡No!

Y con la más viva indignación, empezó a pasearse, jadeante, por la oficina. A ratos se detenía frente a nosotros y nos miraba con ferocidad:

—¿Conque revistas literarias, no?

Y volvía a sus tempestuosos paseos.

—Pagamos adelantado —le advirtió Santiván.

—¿Adelantado, no?

Nos marchamos porque no había otra cosa que hacer. El señor, se quedó de pie en la puerta, con las manos en los bolsillos del pantalón, contemplándonos indignadísimo, y repitiendo:

—¡Revistas literarias!...

Por fin encontramos una oficina en la calle Morandé, frente al Senado. Era grande y clara. Pero para llegar hasta ella había que atravesar un pasillo completamente oscuro, que parecía que no terminaba jamás. Era un túnel de cien metros. A la sala los visitantes llegaban con cara de espanto. En ese túnel desaparecieron para siempre varios poetas modernistas.